

Congreso de la Unión

Para Redescubrir la Vida

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

"Tú, el de la comprensión y los silencios, profesor de ley y su barbarie, padre de tres esperanzas con su predecible tiempo de amarguras, esposo de una voz que te abriga y necesita: Me fascina mirar el equilibrio de gusto y curiosidad en el que vives, desde el que vives mi pleito de razón y sensaciones, mi temblor encantado, mi pregunta de risa agradecida..."—Anónimo mexicano

A la mitad de la noche, renuente el sueño, la conciencia en duermevela, allí se instala, acuciante, poderosa, la duda al elegir el asunto que, como cada martes, buscará el encuentro entre los lectores y el autor.

El insomnio persistente, rechazado en vano, relapso ante estériles conjuros, permite prolongar el oficio del pensamiento. Varias, disímbolas, encontradas corrientes bullen en el ánimo, indeciso de fijarse en una: ¿la vida, es decir, el amor? ¿el trazo del propio destino? ¿el contorno social, sus coyunturas?

Si esto último, habría que descender al subsuelo cívico donde, lejos de todos, se fabrican porciones del futuro político de la nación. Si enero no pudo ser, febrero está siendo mes apto para publicar decisiones, en el PRI, sobre diputados y senadores. Anhelosos de evitar a los militantes la fatiga de asumir una resolución, los dirigentes la hacen suya, y una semana antes de que las convenciones escojan candidatos, sus nombres ya son conocidos.

Algunos, efectivamente, son conocidos. Unos pocos (Javier Rondero, Silverio R. Alvarado, Horacio Labastida, Humberto Lugo Gil, Gustavo Baz, en las listas senatoriales; Armando Labra, Heladio Ramírez López, Jorge Efrén Domínguez, Víctor Alfonso Maldonado, Gustavo Santaella, en las de diputados) han dejado poso, huella útil de su servicio a la comunidad. Otros, los más, son también conocidos, mas no para bien (y entre ellos sobresalen: imposible citarlos a todos: Joaquín Gamboa Pascoe, Antonio J. Hernández, Salustio Salgado, típicos líderes "charrros"; José Salvador Lima Zuno «por quien no votarán los habitantes de Tlatelolco»; Enrique Soto Izquierdo, incapaz en el Injuve, etcétera).

Frente a ellos, apenas quedará opción a los ciudadanos, como no ha quedado alternativa a los miembros del partido, que presuntamente el sábado los ungerán sus candidatos. Ninguno de éstos, por desgracia, trátense de los eficaces y honestos, o de los rapaces e inútiles, sentirán en conciencia estricta que forma parte de una representación verdadera: los primeros, porque lo saben, los segundos, porque no les importa.

La tragedia cívica así esbozada se prolonga en el Partido de Acción Nacional. Allí la batalla interior no compete sólo a la cabeza del partido. Se traducirá en luchas, tan fieras como en la cúspide, en los distritos y en los estados. Los candidatos panistas, cuando los haya —que casos se presentarán de ausencia—, llegarán resquebrajados a la contienda, acentuada su anemia política, aspirantes acaso a las diputaciones de partido, invento genial o diabólico —según quien lo vea—, destinado a hacer brotar la corrupción que allí también —¿por qué allí no?— es parte del escenario.

Por eso, por la corrupción, que es aire social enrarecido, importa reflexionar sobre estos asuntos, en mitad de la noche, renuente el sueño. Por eso y porque allí, en la tienda y en las trastiendas políticas se hila parte de la vida, la exterior y la íntima, la que ven todos y la que es coto particular de cada quien.

Lástima que el insomnio persistente, relapso ante estériles conjuros no hubiera sido roto, como lo fueron los afanes mañaneros, con el gozo de unas letras sin firma, no sin vida tras ellas, que en el texto breve, aleteante, misterioso dejan saber que el amor en todas sus direcciones da sentido al hacer de los hombres, incluidas sus curules, sus escaños.